

LOS DOCE

UN RETRATO DESCONOCIDO
DE LOS APÓSTOLES



JOSÉ MARÍA ZAVALA

LOS DOCE

Un retrato desconocido de los Apóstoles



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70/93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Imágenes de interior: © Oronoz/Album; © Album; © Fine Art Images/Album; © akg-images/Album; © Bridgeman Images/Album; © Artokoloro/Penta Springs Limited/Alamy; © Eduardo Estélez/Alamy; © Duby Tal/Albatross/Alamy; © WorldPhotos/Alamy; © Cro Magnon/Alamy/ACI; © Vito Arcomano/Alamy/ACI; © Antony Souter/Alamy/ACI; © Turkey/Alamy/ACI; © Stefano Ravera/Alamy/ACI; © Frank Bienewald/Alamy/ACI; © Privizer/Depositphotos; © Adisa/Shutterstock; © Onlyfabrizio/Dreamstime.com y Courtesy of © Treasures of the Church

Iconografía: DAU, Grupo Planeta

© José María Zavala, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034, Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2025

Depósito legal: B. 22.245-2024

ISBN: 978-84-670-7529-8

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión y encuadernación: Huertas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España



ÍNDICE

1.	PEDRO, <i>EL PRÍNCIPE DE LOS APÓSTOLES</i>	17
	¿Por qué Doce?	22
	Retrato robot	28
	Cara y cruz	34
	Cuestión de amores	38
	La metamorfosis	40
	La tumba	44
	Bicefalia	47
2.	ANDRÉS, <i>EL DISCÍPULO SILENCIOSO</i>	51
	El Protóclito	55
	«Pez gordo»	60
	Heno verde	63
	Hombre de fiar	67
	El templo herodiano	70
	Heraldo de los griegos	73
	La cruz decusada	74

ÍNDICE

3.	SANTIAGO EL MAYOR, <i>HIJO DEL TRUENO</i>	79
	El sepulcro milagroso	82
	Las reliquias	84
	Los «siete varones apostólicos»	87
	La reina Lupa	90
	Divino resplandor	92
	Las excavaciones	95
	Estancia en España	97
	Cuestión de carácter	99
4.	JUAN, <i>EL VIDENTE DE PATMOS</i>	103
	El convite	107
	La Transfiguración	111
	La mujer y la niña	114
	La Última Cena	117
	La casa de Éfeso	121
	El Apocalipsis	126
	La leyenda del inmortal	132
5.	FELIPE, <i>EL AMIGO DE LOS CABALLOS</i>	135
	Los secretos de Hierápolis	138
	Primeras excavaciones	141
	El sepulcro	144
	El sello	146
	Cabeza de ratón	148
	Tímido e indeciso	151
6.	BARTOLOMÉ, <i>A FLOR DE PIEL</i>	157
	Roma, ciudad de leyenda	160

ÍNDICE

La Basílica	162
Tierra de misiones	165
Desollado vivo	167
Odisea de traslados	169
Los tesoros del templo	171
Reliquias por doquier	173
«Dios ha dado»	175
Los macarismos	177
 7. MATEO, <i>EL PUBLICANO</i>	 181
Un artista de los bajos fondos	184
Los misterios del cuadro	186
Ensalada de nombres	188
La llamada	190
Los fariseos	195
El Evangelio y su autor	197
Leyendas <i>post mortem</i>	200
Destino Salerno	202
 8. TOMÁS, <i>EL VENCEDOR</i>	 205
El dedo maestro	209
De misión en China	211
Los despojos	213
Injusta leyenda	216
Camino de Betania	218
En el Cenáculo	219
Incrédulos	221
La segunda pesca milagrosa	226
Más vivo que muerto	228

9. SANTIAGO EL MENOR, <i>EL JUSTO</i>	231
Tres décadas de silencio	234
Versiones del martirio	236
En la sala de autopsias	239
Una cabeza por otra	242
Madre-Iglesia	245
La epístola	248
El encontronazo	250
10. JUDAS TADEO, <i>EL AUDAZ</i>	255
Mano de santa	260
Primo de Jesús	262
El labrador	266
Maldito nombre	268
El Audaz	271
La carta	273
Predicador incansable	277
11. SIMÓN, <i>EL DESCONOCIDO</i>	283
Los tres hermanos	288
El sepulcro olvidado	289
El enviado	291
Los zelotes	294
Obispo de Jerusalén	298
El trotamundos	300
¿Crucificado o aserrado?	302
12. JUDAS ISCARIOTE, <i>EL INFAME</i>	305
El «hombre de Queriot»	309
El gran misterio	311

ÍNDICE

Los móviles	312
El influjo del maligno	316
El <i>Evangelio de Judas</i>	319
El sendero de la traición	323
La espuela del infierno	329
Campo de sangre	331
AGRADECIMIENTOS	335
BIBLIOGRAFÍA	337

Dadme ese hombre y así se verá claramente que yo lo he hecho todo.
Podría haber elegido al senador y al orador y al emperador...,
pero estoy más seguro con el pescador.

AGUSTÍN DE HIPONA, sobre lo que Jesús pudo pensar de Pedro

Una vieja iglesia emerge de las profundidades de la tierra y, sepultadas bajo ella, se recuperan también de las entrañas del terreno las ruinas de una casa con dos mil años de antigüedad. El 17 de mayo de 2006, el papa Benedicto XVI se hace eco de un sensacional descubrimiento para la historia del cristianismo durante una audiencia general celebrada en la plaza de San Pedro que ha pasado hasta hoy casi inadvertida:

Excavaciones arqueológicas recientes —anuncia, pletórico, el romano pontífice— han permitido descubrir, bajo el piso de mosaico octagonal de una pequeña iglesia bizantina, vestigios de una iglesia más antigua construida sobre esa casa [la de Pedro], como atestiguan las inscripciones con invocaciones a Pedro.

El alborozo del pontífice no es para menos, pues en aquella misma casa ha vivido el personaje más conocido y citado

en los escritos neotestamentarios después de Jesús. No en vano se le menciona en ciento cincuenta y cuatro ocasiones, para ser exactos, con el sobrenombre de *Pétros*, que significa «piedra», «roca», según la traducción griega del nombre arameo que le asigna el Nazareno directamente: *Kefa*, atestigüado nueve veces sobre todo en las epístolas de san Pablo.

Conocido también por *Simón* en el Nuevo Testamento, a Pedro se le cita de este modo setenta y cinco veces, nada menos. Simón es, en realidad, una adaptación griega de su nombre hebreo original *Simeón*, de vieja tradición bíblica, tal y como aparece dos veces consignado en los Hechos de los Apóstoles. Simeón es el nombre que Lía, una de las mujeres de Jacob, pone a su hijo, diciéndose al nacer el niño: «Dios me ha escuchado», verbo que se escribe en hebreo *shamah* y del que se deriva esta etimología popular de Simeón. También Samuel o Shamuel tiene el mismo sentido de que «Dios ha escuchado la plegaria de su madre Ana».

El increíble hallazgo, tras mil trescientos años de hipótesis, búsqueda e investigaciones, se produce en el yacimiento arqueológico de El-Araj, en la costa norte del mar de Galilea o más bien del lago de Genesaret, como en realidad se conoce a esta inmensa extensión de agua dulce de ciento sesenta y cinco kilómetros cuadrados, con una profundidad máxima de cuarenta y cinco metros, donde Jesús y sus Apóstoles desarrollaron su actividad marítima.

Un escogido grupo de arqueólogos del Kinneret College de Israel y del Nyack College de Nueva York, dirigido por los profesores Mordechai Aviam y Steven Notley, estaba trabajando sin desmayo en una antigua basílica bizantina conocida

como la «Iglesia de los Apóstoles» cuando, para su sorpresa, descubren un mosaico en la sacristía del templo con una inscripción en el interior de un medallón enmarcado por dos líneas de teselas negras. Analizado más tarde en el laboratorio, el medallón resulta tener más de mil quinientos años de antigüedad.

A continuación, los helenistas Leah Di Segni, de la Universidad Hebrea, y Jacob Ashkenazi, del Kinneret College, logran descifrar la inscripción en griego referida a Pedro en calidad de «jefe y comandante de los Apóstoles celestiales» y averiguan también que el mosaico es una donación de «Constantino, el siervo de Cristo».

Siglos atrás, la tradición cristiana ha transmitido, de generación en generación, la convicción de que la casa de Pedro se halla sepultada bajo los restos de aquella basílica. Por esa razón, desde el año 725 el obispo bávaro san Willibaldo de Eichstätt, que ha recorrido de un extremo a otro el lago de Genesaret, alude a que la hoy conocida como Iglesia de los Apóstoles ha sido antes la casa de Pedro: «Desde ahí [de Cafarnaúm] —indica el santo— se dirigían a Betsaida, de la que eran Pedro y Andrés. Aquí hay ahora una iglesia, donde tiempo atrás estaba su casa» (*ELS*, 382).

Esa misma convicción la expresa siglos después Steven Notley, escudado en su condición de director académico de la excavación y profesor de Nuevo Testamento y Orígenes Cristianos en la Universidad de Nyack, al manifestar a Catholic News Agency que el mosaico en cuestión es «la conexión arqueológica más definitiva con Pedro». Steven Notley va aún más lejos:

Este descubrimiento —agrega, eufórico— es nuestro indicador más fuerte de que Pedro tenía una relación especial con la Basílica y probablemente estaba dedicada a él. Dado que la tradición cristiana bizantina identificó con frecuencia la casa de Pedro en Betsaida y no en Cafarnaúm, como a menudo se piensa hoy en día, parece probable que la Basílica fuese una conmemoración de su hogar.

Como advierte, sagaz, el periodista José María Carrera en un artículo publicado en la página web de la Fundación Tierra Santa, de las declaraciones de Steven Notley se desprende que no solo se trata del descubrimiento de la casa de Pedro, con todo lo que eso significa en la legendaria historia del cristianismo, sino que el mosaico es también la prueba fehaciente de que El-Araj, donde se produce el hallazgo, es en realidad Betsaida, «la última ciudad perdida de los Evangelios» donde nace el primer Papa de la Iglesia.

La ubicación y las características del lugar se corresponden, además, con la detallada descripción de Betsaida legada por el historiador judeo-cristiano Flavio Josefo en sus escritos del siglo I. De ahí que Steven Notley no pueda ser más explícito: «Esta [la “Iglesia de los Apóstoles”] debe ser considerada la principal opción para ser la Betsaida del primer siglo», asegura.

¿POR QUÉ DOCE?

«Simón, hijo de Juan», como le llama el propio Jesús (Jn 1, 42), o en la forma aramea Simón *Bar-Jona*, hijo de Jonás (Mt 16, 17), es natural de Betsaida Julias, cuyo significado habla ya por sí solo: «Abundancia de pescado».

El historiador judío Flavio Josefo explica que el hijo de Herodes el Grande, Herodes Filipo, tetrarca que gobierna la región, transforma en el año 30 d. C. Betsaida, la aldea de pescadores, en una ciudad (*polis*) romana que recibe el nombre de Julia en memoria de Livia Drusilla Claudia, llamada luego Julia Augusta, la hija del primer emperador Augusto. Ella es la esposa de Octavio Augusto y la madre de Tiberio, emperador que gobierna Roma durante toda la vida de Jesús.

Enclavada en una extensión basáltica que forma uno de los montículos más grandes de Israel, la ciudad de Betsaida desciende desde la meseta del Golán hasta el lago de Genesaret. Hoy se localiza a poco más de dos kilómetros de la orilla del lago y a escasos cientos de metros del Jordán. Sus ruinas han sido excavadas por un equipo veterano de arqueólogos y ocupan ocho hectáreas de terreno a treinta metros por encima de la llanura de Betsaida. Desde la cima del montículo se divisa una maravillosa panorámica del lago entero.

En Betsaida nacen también, como es natural, Andrés, el hermano de Pedro, y Felipe, otro de los Doce Apóstoles. Pedro y Andrés son pescadores y dirigen junto con la familia de Zebedeo, padre de los también discípulos Santiago y Juan, una pequeña empresa pesquera en el lago de Genesaret (Lc 5, 10). Pedro no es, por tanto, como se le sigue considerando hoy, un pescador rudimentario sin más medios que una modesta barca y un pobre aparejo. «Debía de gozar de cierto bienestar económico», advierte Benedicto XVI. Es decir, posee una casa, una barca y todo lo necesario para la pesca, e incluso también, como la familia de Zebedeo, algunos jornaleros a su servicio. De lo contrario, tal vez no se hubiese atre-

vido a preguntarle a Jesús: «Pues nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué tendremos?» (Mt 19, 27).

Es un judío creyente y consecuente con su fe, que confía en la presencia activa de Dios en la historia de su pueblo. Está casado, y su suegra ha sido curada por Jesús tras varios días en cama a causa de fiebres altas, de acuerdo con el diagnóstico del médico Lucas en su Evangelio. Mateo refiere también este episodio en el suyo: «Entrando Jesús en casa de Pedro, vio a la suegra de este postrada en cama con fiebre. Le tomó la mano y la fiebre la dejó, y ella, levantándose, se puso a servirle» (Mt 8, 14-15).

La suegra de Pedro reside en aquella misma vivienda donde se aloja el primer apóstol con su hermano Andrés. Ni más ni menos que la casa descubierta por los arqueólogos a la que alude Benedicto XVI ya en 2006. El propio Jesús siente aquella ciudad y la casa que alberga como si fueran suyas.

Y, entre tanto, sobre la esposa de Pedro se pasa de puntillas en el Evangelio. Conocemos su estado civil y la enfermedad y curación de su madre, pero nada más. San Jerónimo afirma que había muerto y tal vez sea esta la causa de que la suegra de Pedro se muestre tan solícita y hacendosa con sus huéspedes tras su curación, dado que no hay otra mano femenina que ayude en las tareas domésticas.

Otros autores identifican a la mujer de Pedro con aquella «hermana» a la que alude san Pablo en su Primera epístola a los Corintios y que acompaña a Pedro en su misión apostólica: «¿No tenemos derecho a llevar en nuestras peregrinaciones una hermana, igual que los demás Apóstoles y los hermanos del Señor y Cefas?» (1 Cor 9, 5).

Simón de Alejandría, en cambio, asegura que la esposa de Pedro no ha muerto y que acompaña a su marido hasta el lugar del martirio sin dejar de animarle hasta el mismo instante en que le crucifican al revés que a Jesús, con la cabeza hacia abajo, sintiéndose indigno de morir igual que su Maestro, mientras ella repite, incansable: «Piensa en el Señor».

Se trata, en definitiva, de opiniones o elucubraciones a veces contradictorias. San Jerónimo atribuye incluso varios hijos a Pedro, a quien otros autores relacionan con una presunta hija suya llamada Petronila, que aparece citada en las *Actas de los mártires Nereo y Aquileo*. Pero es muy probable que, como sugiere el autor suizo Otto Hophan, doctor en Teología por la Universidad de Friburgo, Petronila pertenezca, en realidad, a la rama Petronia de la conocida familia de los Flavios.

Sea como fuere, Pedro anhela que Dios intervenga en la sociedad en que vive, desea más que nada en el mundo ver plasmada la acción del Todopoderoso en las vicisitudes de las que él mismo es testigo. Y ese celo irrefrenable le impulsa a dirigirse con su hermano Andrés hasta Judea para seguir de cerca la predicación de Juan el Bautista. El relato de Juan el Evangelista es tan desconocido como revelador de esa ansia que embarga ya entonces el espíritu del pionero de los Apóstoles:

Al día siguiente —consigna Juan en su Evangelio—, otra vez hallándose Juan [el Bautista] con dos de sus discípulos, fijó la vista en Jesús, que pasaba, y dijo: «He aquí el Cordero de Dios». Los dos discípulos, que le oyeron, siguieron a Jesús.

Volvióse Jesús a ellos, viendo que le seguían, y les dijo: «¿Qué buscáis?». Dijéronle ellos: «Rabí [que quiere decir Maestro], ¿dónde moras?». Les dijo: «Venid y ved». Fueron, pues, y vieron dónde moraba y permanecieron con Él aquel día. Era como la hora décima. Era Andrés, el hermano de Simón Pedro, uno de los dos que oyeron a Juan y le siguieron. Encontró él luego a su hermano Simón y le dijo: «Hemos hallado al Mesías, que quiere decir el Cristo». Le condujo a Jesús que, fijando en él la vista, dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú serás llamado Cefas, que quiere decir Pedro» (Jn 1, 35-42).

El relato de Juan invita al hombre moderno a ajustar las agujas del reloj, ya sea este de pulsera o digital: «Serían las cuatro de la tarde». No en vano, el texto dice: «La hora décima». Según la división del tiempo en aquella época, que distribuye el espacio solar en doce horas, desde el amanecer hasta el crepúsculo, la hora décima es hacia las cuatro de la tarde.

Los discípulos se dirigen a Jesús con el tratamiento de *Rabí*, que Juan traduce para sus lectores griegos por «Maestro» y que en hebreo se deriva del verbo *rabab*, «ser grande». Tal es el título que popularmente se emplea entonces para dirigirse a los que el pueblo judío considera maestros en la ley y en las Escrituras. Seguramente, también los Apóstoles utilizan este mismo título de *Rabí* en las muchas ocasiones que se dirigen a Jesús llamándole «Maestro».

Jesús llama esta primera vez a Pedro junto al Jordán. Pertenece este, lo mismo que los futuros Apóstoles Andrés, Juan y Felipe, al círculo de discípulos del Bautista que en las riberas del Jordán avivan la esperanza en el Mesías. Y los discípulos, al oír aquellas palabras, se van detrás de Jesús, esto es, le

siguen. La palabra se repite una y otra vez en labios de Jesús: «Venid detrás de mí», después de dejarlo todo. De allí viene Andrés, presuroso, para anunciar a su hermano Pedro el gran descubrimiento: «Encontró él [Andrés] luego a su hermano Simón y le dijo: “Hemos hallado al Mesías, que quiere decir el Cristo”» (Jn 1, 41).

Y entonces, Jesús y Pedro se ven cara a cara por primera vez. El Maestro sabe ya de antemano la tarea que le tiene encomendada, pero considera que todavía no ha llegado el momento oportuno de revelársela con claridad. Pedro, por su parte, escudriña a Jesús con curiosidad y de ningún modo presiente lo que se le avecina. El Maestro se limita entonces a pronunciar en un murmullo casi imperceptible para Pedro: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú serás llamado *Cefas*, que quiere decir Pedro» (Jn 1, 42). ¿Cómo va a imaginarse el aludido la misión que Jesús acaba de susurrarle de modo velado?

Pedro es uno de los cuatro primeros discípulos de Jesús, junto con su hermano Andrés, Santiago y Juan, estos dos últimos hijos de Zebedeo (Lc 5, 1-11) y testigos de la pesca milagrosa en el lago de Genesaret, tras la cual se convierten en Apóstoles del Nazareno, dejándolo todo para seguirle sin condiciones. No tarda en sumárseles un quinto, según la costumbre rabínica por la cual el jefe espiritual de una comunidad judía tiene entonces cinco discípulos, ni uno más ni uno menos. Es así como Jesús llama poco después también a Mateo o Leví, como le denomina Lucas en su Evangelio.

Pero Jesús no es un rabino como los demás, sino que ha venido «para reunir al Israel escatológico», en palabras de Benedicto XVI. Es decir, que el simbolismo del número doce,

como el de las tribus de Israel, cobra todo el sentido para Él a la hora de elegir a sus Doce Apóstoles, como refiere Lucas: «Habiendo convocado a los doce, les dio poder sobre todos los demonios y de curar enfermedades y les envió a predicar el reino de Dios y a hacer curaciones» (Lc 9, 1-2).

RETRATO ROBOT

Hasta los retratos más antiguos le hacen justicia a Pedro: muestran el rostro de un hombre con rasgos de lucidez y perspicacia, bondadoso también, pero a la vez común y vulgar. Los viejos sarcófagos, como el paleocristiano de Junio Baso, prefecto y senador romano bautizado en el lecho de muerte, ofrecen las huellas físicas más perceptibles de Pedro a lo largo de la historia.

Datado a mediados del siglo IV, en el año 359 en concreto, este sarcófago esculpido en mármol de alto relieve en sus tres caras, pues la cuarta está adosada a la pared, refleja a un Pedro de alta estatura, pelo corto, frente despejada, nariz fina y aguileña, labios recortados y barba rizada. Otros vestigios de la misma época nos presentan, sin embargo, una descripción del apóstol muy diferente: casi calvo, de frente arrugada, nariz ancha, labios gruesos y barba redondeada. En cualquier caso, se adivinan en todos y cada uno de ellos las cualidades que mejor le definen: sencillez, rudeza y reciedumbre mezcladas con una bondad especial.

La segunda y definitiva llamada de Jesús a Pedro se produce meses después de la primera, en el Jordán; un día cual-

quiera, del modo más inesperado, por sorpresa, como suceden las cosas de Dios. Pedro está volcado en sus labores de pescador, a orillas del lago de Genesaret. Jesús está también allí, rodeado de una multitud de personas que suspiran por escuchar sus inspiradas palabras, que embelesan a todos los que buscan su compañía. ¿Desde dónde puede dirigirse él a todo aquel gentío, más que a bordo de una de las dos barcas varadas en la ribera?

El Maestro atisba a los pescadores que han puesto pie en tierra para lavar las redes. Se produce entonces el primer y decisivo encuentro. Pide permiso a Pedro para subir a su barca, rogándole que la aleje un poco de la orilla, para dirigirse a la muchedumbre con algo más de perspectiva. Sentado poco después en esa cátedra improvisada, se dispone a enseñarles a todos desde la barca (Lc 5, 1-3). De esta manera, al decir de Benedicto XVI, «la barca de Pedro se convierte en la cátedra de Jesús».

Cuando Jesús termina de hablar, se dirige a Pedro con determinación: «Boga mar adentro y echad vuestras redes para la pesca». Con razón, el curtido y avezado pescador interpela al carpintero: «Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y no hemos pescado nada, pero porque tú lo dices echaré las redes».

¿Cómo es posible que el pescador de Betsaida se fíe de ese rabino que, sin más explicaciones, le invita a obedecerle a imagen y semejanza de Mateo, el recaudador de impuestos, como si le conociese de toda la vida? Pedro confía en él desde el principio, en lugar de resistirse. ¿Qué especie de magnetismo ejerce Jesús sobre toda aquella persona en la que posa su

penetrante mirada? ¿Qué ven Pedro, Mateo y el resto de los Doce en aquel hombre de treinta años, robusto, majestuoso y bien proporcionado que mide alrededor del metro ochenta de estatura y suele expresarse en arameo? Algo más allá de lo humano, sin duda, deben de contemplar en él, uno tras otro, cuando le siguen sin rechistar.

Y entonces, tras aquel acto de fe de Pedro, Jesús obra el primer milagro ante sus propios ojos. Pero necesita escuchar antes las palabras de Pedro para actuar: «Porque tú lo dices echaré las redes», dice el pescador. Lucas relata lo que sucede a continuación:

Haciéndolo, capturaron una gran cantidad de peces, tanto que las redes se rompían, e hicieron señas a sus compañeros de la otra barca para que vinieran a ayudarles. Vinieron y llenaron las dos barcas, tanto que se hundían (Lc 5, 6-7).

Aun teniendo un fuerte carácter y mostrándose decidido e impetuoso en muchas ocasiones —llegando incluso a manifestarse violento físicamente, como cuando emplea la espada en el huerto de los Olivos para seccionarle la oreja derecha a Malco, un criado del príncipe de los sacerdotes, en su denodado intento de que no prendan a Jesús—, Pedro es un hombre humilde que llora amargamente tras oír cantar al gallo por tercera vez y reparar en lo que Jesús le ha predicho horas antes: «¿Darás por mí tu vida? En verdad, en verdad te digo que no cantará el gallo antes que tres veces me niegues» (Jn 13, 38).

De nuevo en esta ocasión, tras la pesca milagrosa, Pedro vuelve a mostrarse humilde ante Jesús y, postrándose a sus

pies, le dice: «Señor, apártate de mí, que soy hombre pecador» (Lc 5, 8). Jesús necesita escuchar esta otra frase de sus labios para ensalzarlo como el primero de los Apóstoles sobre el que edifica su Iglesia. Cualquiera que aspire a ser grande a los ojos del Maestro debe hacerse más pequeño y eso mismo hace Pedro, a quien Jesús invita acto seguido a participar en un proyecto que desborda todas sus expectativas: «No temas; en adelante vas a ser pescador de hombres», augura (Lc 5, 10).

Pedro podría haber dudado ante semejante invitación. Hubiera sido humanamente razonable haberle pedido tiempo al Señor para meditar una decisión de semejante calado, e incluso haberla rechazado por considerarla descabellada en su caso. Pero no lo hace. Al contrario: lo deja todo en aquel mismo instante para seguirle. A su humildad se suman, entonces, una confianza y una generosidad ilimitadas.

Sobre la humildad proverbial de Pedro se podría comentar mucho. Añadamos, como ya sabe el lector, que a su patria no podría referirse nadie de modo grandilocuente, pues no era Roma, ni Atenas, ni Jerusalén, sino Betsaida, una insignificante población en la ribera oriental del lago de Genesaret, residencia del tetrarca Filipo. Pero si por algo ha pasado a la historia Betsaida ha sido precisamente por la egregia figura de Pedro.

Ningún otro apóstol como él encarna con tanta fidelidad la idiosincrasia de sus paisanos. Es galileo hasta el tuétano en su forma de ser, tal y como lo describe Flavio Josefo: apasionado, ardoroso y fulgurante a la hora de tomar decisiones que hasta pueden parecer absurdas a simple vista, como la de echar las redes al lago por indicación de un carpintero al

que acaba de conocer. Todo en él es sencillo, incluso tosco, pero tiene un corazón de oro que le redime a lo largo de su vida.

Su padre se llama Juan y también es un ciudadano de Betsaida sin relieve alguno, pues no pertenece al sanedrín ni tampoco es empresario. Pero la mirada de Jesús recae sobre su hijo y su nombre sale a la luz por todos los siglos, como tantas otras veces sucede con los sencillos del Evangelio por quienes el Maestro siente predilección. El caso es que un hombre tan ordinario como Pedro resulta elegido por Jesús para una dignidad extraordinaria. El propio Maestro explica a sus discípulos sin ambages el criterio seguido para su elección:

Él [Jesús] les dijo: «Los reyes de las naciones imperan sobre ellas y los que ejercen la autoridad sobre las mismas son llamados bienhechores; pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros será como el menor y el que manda como el que sirve» (Lc 22, 25-26).

San Agustín, observador juicioso, pone de manifiesto que Pedro es, en efecto, pescador, razón por la cual el Maestro le escoge de entre todos los demás:

Si el Señor —advierte el obispo de Hipona en sus *Sermones*— hubiera elegido a un orador, este orador hubiera podido decir: «Se me ha elegido por mi elocuencia». Si hubiera elegido a un senador, este senador hubiera podido decir: «Se me ha elegido por mi dignidad». Finalmente, si hubiera escogido a un emperador, este emperador hubiera dicho: «He

sido escogido por mi poder». [...] «Dadme, dice el Señor, por el contrario, dadme aquel pescador indocto e iletrado, dadme aquel hombre con quien no se dignaría el senador discutir la compra de un pescado. Dadme ese hombre y así se verá claramente que yo lo he hecho todo. Podría haber elegido al senador y al orador y al emperador..., pero estoy más seguro con el pescador» (*Serm.* 43, 6).

Es precisamente su docilidad y mansedumbre las que hacen que Jesús le ensalce de entre los Doce, erigiéndole en su príncipe indiscutible. En los cuatro Evangelios figura siempre en primer lugar. Mateo se encarga de dejarlo bien claro: «Los nombres de los Doce Apóstoles son estos: el primero Simón, llamado Pedro» (Mt 10, 2). Incluso en muchos pasajes evangélicos se le nombra solo a él, designando al resto en su conjunto, igual que en este otro de Lucas: «Como todos negaban, dijo Pedro y los que le acompañaban [...]» (Lc 8, 45). Expresiones como «Pedro y los demás discípulos» o «Pedro con los once» salpican los textos de los cuatro Evangelios. Se le nombra también como primero del grupo en la resurrección de la hija de Jairo, uno de los jefes de la sinagoga, en la Transfiguración en el monte Tabor o durante la agonía en el huerto de Getsemaní.

Y esta preeminencia a la hora de citarle se corresponde también con las obras y gestos de Jesús hacia él, como la elección de su barca para dirigirse desde ella a la multitud en el lago de Genesaret, el encargo de pagar en su nombre el tributo al templo, el hecho de escogerle en primer lugar para lavarle los pies en el Cenáculo, o la confianza de alojarse en su casa

de Betsaia. Pedro es, sin la menor duda, El Príncipe de los Apóstoles porque así lo quiere Jesús: «Apacienta mis ovejas», le encarga.

CARA Y CRUZ

Uno de los momentos álgidos en el camino espiritual de Pedro se desarrolla cerca de Cesarea de Filipo, localidad situada a cuarenta kilómetros al norte del lago de Genesaret y al pie del monte Hermón. Jesús elige aquel preciso lugar para plantear a sus discípulos la pregunta del millón de denarios de plata: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?» (Mc 8, 27). Sin embargo, Jesús no se contenta con que sus Apóstoles le transmitan lo que otros dicen de él, sino que reclama a sus elegidos un compromiso firme y por eso les formula esa delicada cuestión. De ahí su insistencia: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Mc 8, 29).

Pedro toma una vez más la iniciativa y responde en nombre de los demás: «Tú eres el Cristo» (Mc 8, 29), contesta, que significa el «Mesías». La respuesta no proviene «ni de la carne ni de la sangre», es decir, de él mismo, sino que le ha sido revelada por el Padre que está en los Cielos (Mt 16, 17). No obstante, el discípulo no entiende aún el verdadero significado de «Mesías» y lo pone de manifiesto en el momento culminante en que Jesús les anuncia su Pasión. Él espera entonces que el Mesías imponga a todos su inconmensurable poder. Contempla a este como el Dios que es ante sus ojos, a quien nadie puede frenar, ni siquiera el temible y sanguinario empe-

rador Tiberio. Por tanto, Jesús es el único capaz de acabar con todas las grandes injusticias en el mundo.

Pero la visión humana del primero de los Apóstoles no coincide con el proyecto de Dios, que presenta al Nazareno como un siervo del Padre, humilde y sufriente. Pedro no entiende, por tanto, el verdadero significado de la Cruz, que para él simboliza la más dolorosa derrota, en lugar del triunfo glorioso que espera de su Maestro. Y entonces, con la impulsividad que le caracteriza, no duda en dirigirse a solas a Jesús permitiéndose el lujo de recriminarle:

Pedro, tomándole aparte [a Jesús], se puso a reprenderle. Pero Él, volviéndose y mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro y le dijo: «Quítate allá, Satán, pues tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres» (Mc 8, 32-33).

Jesús tiene que padecer y Pedro no va a impedirle cargar con todas las ofensas de la humanidad, como Redentor del mundo, del modo más cruel que existe en la antigua Roma: una muerte de cruz, como un vulgar criminal, pese a su inocencia. Una vez más, la humildad y docilidad de Pedro se imponen finalmente a su concepto humano de la victoria, orgulloso y terco, asumiendo como suya esta advertencia del Maestro:

El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Pues quien quiera salvar su vida, la perderá, y quien pierda la vida por mí y el Evangelio, ese la salvará (Mc 8, 34-35).